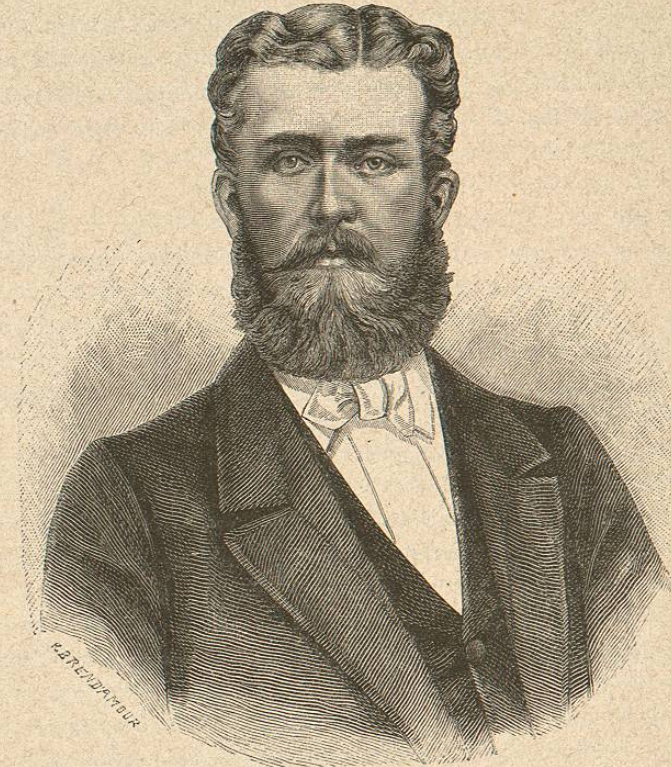


XXIX

LA CUESTIÓN HOHENZOLLERN. — LA GUERRA

La atención pública se fijó en España. El general Prim buscaba un príncipe para convertirlo en rey de España. El padre del monarca portugués no aceptó, y por último se fijó en el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, hermano del príncipe Carlos de Rumanía. Como era pariente del emperador Napoleón por su madre, se podía suponer que el gobierno francés aprobaría su elección con la misma facilidad que se esperaba hallar de parte de Prusia. A fines de marzo se entablaron las primeras negociaciones. El antiguo embajador de España en Berlín, Rancés y Villanueva, pasó desde Viena á Berlín; el rey le concedió una audiencia y conferenció dos veces con Bismarck, pero no encontró al parecer las facilidades que había esperado. A pesar del secreto y de su seguridad de que la elección se decidiría primero en favor del rey Fernando de Portugal, del cual se admitía como seguro que no aceptaría, y de que por lo mismo se elegiría en segundo lugar al duque de Montpensier, sospechó el embajador francés en Berlín, Benedetti, y en 31 de marzo pidió explicaciones á Thile, sustituto interino de Bismarck. Este le aseguró bajo palabra de honor que no tenía la menor noticia de la candidatura de Leopoldo, lo cual tranquilizó á Benedetti, si bien al escribir á París hizo notar que el secretario de Estado Thile no estaba siempre enterado de las intenciones de Bismarck. En una visita que hizo poco después á París habló de esto al emperador personalmente y recibió el encargo de no perder de vista el asunto, diciéndole Napoleón que la candidatura de Montpensier iba dirigida únicamente contra su dinastía, pero que la del príncipe de Hohenzollern iba dirigida contra la nación francesa; y si él podía conformarse con la primera, debía impedir la segunda de todas maneras, porque el país no se conformaría con ella. De regreso á su puesto, Benedetti se dirigió personalmente á Bismarck y pudo comunicar el 11 de mayo de 1869 á París que aquél le había afirmado que el rey de seguro no recomendaría al príncipe la aceptación de la corona, aunque las cortes le eligieran, y que tampoco el anciano príncipe de Hohenzollern le animaría á aceptarla, porque la subida de su hijo mayor al trono de Rumanía le había impuesto gravísimos sacrificios pecuniarios. Añadió Benedetti que Bismarck reconocía también que el príncipe, para aceptar la corona de España, necesitaba el consentimiento del rey, pero no aseguraba que este consentimiento le fuese negado en absolu-

to; que Bismarck había hablado también del príncipe Federico Carlos, diciendo que éste había mostrado igualmente deseos de aceptar la aventura española, pero que le imposibilitaba el ser protestante. Le pareció á Benedetti que Bismarck deseaba eludir todo compromiso en caso de elección y servirse de esta contingencia para intimidar á Francia. El embajador francés, en vista de sus



El príncipe Leopoldo de Hohenzollern (de fotografía)

instrucciones, no creyó prudente importunar más á Bismarck, y su ministro aprobó esta conducta.

No la modificó la publicación de un folleto de Salazar y Mazarredo en octubre de 1869 para recomendar la candidatura de Leopoldo. No se sabe hasta qué punto se tuvo noticia en París de la continuación de estas negociaciones, pero no se explica que Napoleón no protestara en Madrid cuando Drouyn de Lhuys le llamó nuevamente la atención, en 17 de noviembre de 1869, sobre la candidatura de Leopoldo. Pareció que esta cuestión desaparecía de la escena política, porque después de haber enviado el príncipe por dos veces á una persona de su confianza á Madrid para examinar la situación, se decidió á renunciar á su candidatura. Prim no se desanimó, y Salazar desplegó nuevamente una

actividad infatigable como agente, yendo cuatro ó cinco veces á Sigmaringen, de donde regresó á Madrid con noticias más favorables. Un embajador extraordinario que Prim envió con una carta al rey Guillermo, no fué recibido por éste, pero se enteró de todo Bismarck. La diplomacia no ignoraba estas negociaciones, pues el embajador inglés en Madrid, Layard, comunicó á su gobierno en mayo de 1870 noticias relativas al asunto, y el mismo Prim en 11 de junio manifestó en las Cortes que creía estar seguro de tener el candidato que hacía falta, si bien no podía nombrarlo todavía. Antes de dar á conocer el nombre del príncipe de Hohenzollern, debía éste obtener la aprobación del rey de Prusia como jefe de la familia. El rey, sin negar su aprobación, aconsejó la no aceptación de la candidatura, y sólo después de repetidas instancias de Leopoldo, declaró en 28 de junio que no se opondría á sus deseos.

Tan pronto como Prim recibió esta noticia la comunicó, en 2 de julio, al embajador francés en Madrid, Mercier de Lostende, y le suplicó que cooperase á que el emperador no se opusiera. A pesar de sus temores, estaba decidido á sostener la candidatura de Leopoldo, y sin esperar la impresión que causaría en París, celebró un Consejo de ministros presidido por el regente, general Serrano, en el cual se decidió oficialmente ofrecer al príncipe la corona y convocar las Cortes para proceder á la elección, el 20 de julio.

Reinaba ya en París la mayor agitación. Gramont, al recibir el 3 de julio las primeras comunicaciones de Mercier, se apresuró á dar cuenta de ellas á la prensa; por manera que los diarios de la mañana del 4 publicaron la noticia. El lenguaje violento que usaron los periódicos que recibían inspiraciones del gobierno, dió á conocer claramente que obedecían á instrucciones superiores, y en el *Constitutionnel* dijo que los españoles querían confiar el cetro de Carlos V á un príncipe prusiano nieto de Murat, cuyo nombre estaba ligado á España por tristes recuerdos. Al día siguiente aumentó la violencia de la prensa y el cuerpo legislativo empezó á moverse. El diputado del centro izquierdo, Cochery, anunció una interpelación, y negándose la izquierda á apoyarla, fué increpada por la prensa oficiosa, que habló de falta de patriotismo. Gramont se apresuró á prometer para el día siguiente la contestación, y la sometió al Consejo de ministros. Su redacción era muy moderada; pero tal vez influido por el estado de los ánimos en París, el emperador quiso que se estudiara de nuevo, y en el consejo que se celebró á la mañana siguiente, se intercalaron frases que le dieron un tono enérgico; frases aprobadas con alguna repugnancia por la mayoría del Consejo de ministros, de opiniones pacíficas. Acordóse que el duque de Gramont se negaría á admitir ningún debate sobre un asunto cuyos permenores todavía le eran desconocidos; que luego asegurara que evitaría toda ingerencia en los asuntos interiores de España, y que no había mostrado preferencia ni aversión á ninguno de los candidatos hasta entonces mencionados; pero, y esto fué añadido el 6 de julio para satisfacer la exigencia expresa del emperador, «no creemos que el respeto á los derechos de un país vecino nos obligue á to-

lerar que una potencia extranjera, al sentar á uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, turbe en perjuicio nuestro el equilibrio de Europa, poniendo en peligro los intereses y el honor de Francia. Tenemos la firme esperanza de que esta contingencia no se realizará, y para impedirlo contamos, así con la prudencia y buen sentido del pueblo alemán, como con la amistad de los españoles. Si así no fuere, fuertes con vuestro auxilio y el de la nación, sabremos cumplir nuestro deber sin vacilación ni debilidad.»

Redactada la contestación de esta manera, era evidente la intención del gobierno francés de no involucrar en el asunto al español y de zanjarlo sólo con el prusiano. Para justificar esta conducta, se fundó después Gramont en que el gobierno prusiano se había mostrado completamente ajeno al asunto y en que el señor de Thile había declarado al encargado de Negocios de Francia, Lessourd (porque el embajador francés se encontraba á la sazón con licencia tomando los baños de Wildbad), que Prusia no tenía nada que ver en todo este asunto; de suerte que en opinión de Gramont había sido preciso hacer comprender al gobierno prusiano que Francia no se dejaba engañar. El emperador estaba convencido de que se trataba de una intriga prusiana y de que debía pedir una satisfacción á Prusia si no quería aparecer humillado ante la opinión; y en esta convicción no titubeó en amenazar con la guerra, sin desearla, pues sólo quería intimidar á Prusia con una actitud firme. Los ministros comprendían que por este camino se iba á la guerra, pero también estaban persuadidos de que era menester arrostrarla. Ya en 4 de julio había observado Gramont al embajador prusiano, barón de Wérther, que existía el peligro de una catástrofe en caso de que el rey no indujera al príncipe á rechazar la corona de España; y al preguntarle el embajador si entendía por catástrofe una declaración de guerra, Ollivier, que se hallaba presente, contestó en tono solemne, «en nombre del emperador y su gobierno,» que este era en efecto el caso. Así Gramont, con la esperanza de asegurar la paz intimidando á Prusia, apoyó de esta manera al partido de la guerra, que quería imposibilitar un arreglo amistoso de la cuestión por medio de una provocación atrevida. Este partido consiguió un primer triunfo cuando Gramont leyó el 6 de julio por la tarde la declaración, y así lo comprendió la oposición en el cuerpo legislativo; pues mientras la derecha aplaudía frenéticamente, pidió Picard los documentos diplomáticos, y Glais-Bizoin y Arago calificaron las palabras de Gramont de declaración de guerra. «¿Queréis, pues, la guerra?», gritó Cremieux. — «El gobierno, replicó Ollivier, desea la paz; la desea apasionadamente, pero con honra. Siempre que Francia se muestre firme en la defensa de su derecho, sin traspasar la medida racional, podrá contar con el apoyo moral de Europa. Nosotros no queremos la guerra, no buscamos la guerra, sólo atendemos á conservar nuestra dignidad. Suplico á la Asamblea, suplico á la nación que se convenza de que no asiste á preparativos disimulados de una acción á la que marchamos por senderos ocultos.» Thiers vió en lo hecho un acto de locura y lo reprochó á Ollivier. Ni éste ni la mayoría

de los ministros habían medido el alcance de la declaración y les asustó la impresión que causó. Después de la sesión no ocultó Ollivier al emperador que la agitación de la Cámara había excedido todo cálculo, y que no parecía sino que se hubiera leído la declaración de guerra.

No siendo de esperar que Thile modificara su opinión, según la que el gabinete de Berlín no tenía nada que ver en este asunto, se decidió en París dirigirse al rey; Gramont, no contento con haber suplicado al embajador Wérther el día 4 que solicitara del rey en Ems que retirara el permiso dado al príncipe Leopoldo, adoptó también la proposición de Benedetti, que desde Wildbad se había puesto por telégrafo á disposición del gobierno, no obstante su licencia, y le ordenó en la noche del 7 al 8 de julio que pasara á Ems. Gramont, al dar esta orden, no había decidido todavía lo que debía ordenar á Benedetti que pidiera al rey en su entrevista. En el despacho que envió al embajador por conducto del barón de Bourqueney, le dijo que pidiera al rey que indujera al príncipe, si no ordenándose, á lo menos con sus consejos, á retirar su candidatura. En una carta particular dijo con más decisión: «La única contestación que puede impedir la guerra es ésta: — El gobierno no aprueba la aceptación del príncipe y le ordena retirar esta resolución que ha tomado sin su permiso. — Tenemos mucha prisa, añadía el ministro, porque en el caso de una contestación no satisfactoria, debemos empezar el sábado los movimientos de tropas para entrar en campaña dentro de quince días. Si el embajador consiguiera del rey la revocación, sería esto un gran triunfo y un grandísimo servicio, pues aseguraría el rey la paz de Europa; de lo contrario, vendrá la guerra.»

El despacho oficial se expresaba con buen criterio, pero la carta particular empujaba á la guerra. Apenas hubo Gramont entregado el despacho á Bourqueney, cuando recibió un parte de Madrid anunciando que Prim estaba dispuesto á facilitar la retirada de la candidatura si el príncipe daba el primer paso, lo que hizo telegrafiar á Gramont, á la una de la madrugada del día 8 de julio, á Benedetti: «Diga usted esto al rey, y si es necesario también al príncipe: Dígame el príncipe, había manifestado Prim, que encuentra dificultades para el consentimiento del rey, y entonces le facilito la retirada.» Inglaterra, Austria, Italia y también el príncipe de Rumanía, hermano del candidato, apoyaban esta solución. Al tener noticia Ollivier del telegrama, sin ponerse de acuerdo con Gramont, voló á la Cámara y anunció con efusión á Thiers y á otros diputados en los pasillos, que se había obtenido lo que se deseaba y la paz estaba asegurada. Ollivier no había aguardado la contestación del rey de Prusia, pues se contentaba con el telegrama de Madrid, y también los partidarios de la paz; pero la derecha se mostró indignada de lo que llamaba la cobardía de los ministros.

No es fácil que Gramont, al enviar su despacho, pensara en su trascendencia, porque si el embajador hubiese tratado directamente con el príncipe y le hubiese inducido á la renuncia, habría cambiado evidentemente la situación, colo-

cándose Francia en el terreno del gobierno prusiano y dejándole enteramente fuera de juego. En este caso, el príncipe no hubiera podido dejar de acceder á la petición de Francia. Gramont, en efecto, sintió al día siguiente haber enviado este telegrama; pidió instrucciones al emperador y telegrafió el 9 de julio á las dos y media de la tarde á Ems: «No busque usted al príncipe de Hohenzollern; el emperador no quiere tratar con él.»

No hallándose el príncipe en Ems, como se creía, Benedetti, que había llegado allí á las once de la noche, no pudo seguir la primera instrucción, y según parece no habló de ella siquiera en su entrevista con Wérther, el cual le visitó por la mañana del día 9, ni tampoco en la audiencia que le concedió el rey á las tres de la tarde. En esta entrevista, el monarca le expuso minuciosamente que su gobierno no tenía nada que ver con el asunto, y que él mismo personalmente, como jefe de la familia, sólo había hecho un papel negativo, omitiendo prohibir al príncipe la aceptación; que continuaría en la misma actitud; que Francia procurara hacer variar de resolución al ministerio español, y que el gobierno de Prusia no haría nada para disuadir al príncipe de una renuncia voluntaria. Por lo demás, añadió el rey que ignoraba cómo pensaban el príncipe y su padre en este asunto, y que se pondría en relación con ellos, pero no por telégrafo, por no haber convenido con el príncipe una clave, y que tan pronto como se hubiera enterado pondría al embajador francés al corriente de lo que ocurriese. Al mismo tiempo manifestó francamente el rey que el lenguaje de Gramont en la Cámara había sido injusto y equivalía casi á una provocación; opinión de la que no pudo apartarle el embajador con todas sus excusas. Benedetti se inclinaba á creer que el rey deseaba seriamente una renuncia voluntaria del príncipe; pero atendida su profunda desconfianza, le pareció también posible que Prusia sólo quisiera ganar tiempo para sus armamentos. No vió, según dijo, que se hicieran, pero los creía muy posibles, porque podían tomarse las primeras disposiciones muy ocultamente.

Invitado por el rey á su mesa, no pudo Benedetti telegrafiar ni escribir á París sobre su audiencia, hasta la noche. Al día siguiente volvió á ver al rey al anochecer y solicitó una audiencia para el 11. Le alarmaron las instrucciones múltiples y apremiantes que recibió de París: Gramont pedía unas veces una comunicación que pudiese presentar á la Cámara y en la cual se indicara con precisión que el rey quería entenderse con el príncipe antes de tomar una resolución, y otras solicitaba con urgencia una decisión pronta, diciendo que no debía pasar aquel día (el 10 de julio) sin que Francia empezara sus armamentos. «Mientras el rey, escribía Gramont en otra carta simultánea, nos hace esperar una hora tras otra con el pretexto de entenderse con el príncipe, se llaman en Prusia las reservas á las filas y se nos adelanta haciéndonos perder un tiempo precioso. No queremos de ningún modo dar á nuestro adversario hoy las mismas ventajas que tan funestas fueron al Austria en 1866. También amenaza adelantársenos la opinión pública. Es preciso que empecemos;

sólo aguardamos el despacho de usted para convocar á los trescientos mil hombres que hay que llamar á las armas. Suplico á usted encarecidamente que nos escriba, que nos telegraffe algo muy concreto. Si el rey no quiere aconsejar al príncipe la renuncia, tendremos la guerra inmediata, y en pocos días nos hallaremos á orillas del Rhin. En adelante sólo se trata del rey. Habiendo dicho que aprobó la aceptación del príncipe, le toca ahora prohibirla, ó por lo menos aconsejar y conseguir la renuncia; pero más importante que la misma renuncia, es para nosotros saber pronto á qué atenernos.»

En vano Benedetti aconsejó prudencia, telegrafando en la noche del 10 de julio: «La guerra sería inevitable si empezáramos con preparativos militares.» La contestación que recibió fué un nuevo telegrama, que llegó á la una de la madrugada y decía: «Estamos contando las horas. Usted ha de insistir de todas maneras en recibir una contestación del rey: sí ó no. La necesitamos para mañana (para el día 12); pasado mañana sería demasiado tarde.» Con esto iba unida la noticia de que el regente de España pensaba enviar un representante al rey y á Bismarck para recomendar la renuncia del príncipe, añadiendo Gramont al embajador: «Puede usted hacer uso de esta noticia si lo cree necesario para el buen éxito, si bien sería preferible queuviésemos que agradecer la renuncia únicamente á la intervención del rey.» En el Consejo de ministros celebrado en París, ganaron los amigos de la paz algún terreno, pues tras una larga discusión se decidió en la mañana del 11 de julio no empezar todavía los armamentos y esperar el resultado de la audiencia que para el mediodía había concedido el rey de Prusia á Benedetti. Gramont leyó el mismo día en la Cámara una declaración que aseguraba que todos los gabinetes extranjeros reconocían la justicia de las reclamaciones francesas, y pidió que se tuviera calma hasta que llegara la contestación, de la cual habían de depender las resoluciones del gobierno. La oposición, siempre desconfiada, sospechó que el ministerio se ocupaba en preparar nuevos motivos de guerra en caso de que la cuestión española quedara zanjada con la renuncia del príncipe. Esto indujo á Arago á interpelar al ministro en los siguientes términos: «Tratándose únicamente de la candidatura de Leopoldo, podemos esperar, según creo, una contestación satisfactoria; pero si se mezclan otras cuestiones con la candidatura, tendremos que reconocer el deseo de buscar otros pretextos para una declaración de guerra.» El gobierno prusiano estaba persuadido de que Francia quería de todos modos la guerra, no siendo la candidatura de Hohenzollern más que un pretexto. En esta persuasión se entablaron negociaciones secretas con el gobierno español para que sostuviera la candidatura y arrostrara las consecuencias, poniendo cien mil hombres en la frontera. En cambio se le ofrecieron á España grandes ventajas; pero el gobierno español no quiso disgustar á Napoleón y se negó á salir de la neutralidad.

Entretanto Benedetti, á las doce de aquel día (11 de julio), tuvo su segunda audiencia, que duró una hora, sin que hubiese acuerdo. Fueron en el fondo las

mismas ideas las que se mantuvieron por ambas partes, con la diferencia de que el embajador francés se fundaba también en la posición difícil del ministerio francés ante el Parlamento, lo que ejercía evidentemente gran influencia en la conducta del gobierno, porque los que más excitaban á la guerra eran precisamente los miembros más apasionados de la derecha, deseosos de derribar al ministerio liberal; y el temor de que logran su intento paralizaba la resistencia á la guerra de Ollivier y sus amigos. El rey de Prusia manifestó que ya sabía que en París se hacían preparativos para la guerra, y no quería ocultar que él también tomaba disposiciones en este sentido para que no se le ganara por la mano, si bien al propio tiempo confiaba en que se conservaría la paz si en París se quisiese aguardar á que él se encontrara en situación de cooperar á este objeto de un modo útil, para lo cual era menester darle el tiempo necesario. Aquella misma noche ó á la mañana siguiente recibiría una comunicación del príncipe Leopoldo, y al recibirla se apresuraría á dar una respuesta definitiva, que Benedetti podía comunicar inmediatamente á Gramont. Terminada la audiencia, dispuso el rey que el barón de Wérther volviera en seguida á su puesto en París.

Antes de que Gramont recibiera el relato de la audiencia, había telegrafado á Benedetti, al terminar la sesión de la Cámara del día 11, diciéndole que el lenguaje que usaba carecía de firmeza y no correspondía á la actitud adoptada por el gobierno imperial, y que era menester que usara términos más fuertes. «No podemos admitir la diferencia entre el rey y su gobierno. Nosotros pedimos que el rey prohíba al príncipe insistir en su candidatura, y si mañana no tenemos una respuesta terminante, consideraremos el silencio ó la ambigüedad como una contestación negativa.» Benedetti se justificó inmediatamente, diciendo que cuando se hubiera leído su relato de la segunda audiencia, se vería que de su propio impulso había usado ya un lenguaje más crudo. El ministro reconoció al día siguiente que esto era verdad, pero añadió «muy confidencialmente» (martes 12 de julio, á la una y cuarenta minutos de la tarde): «Aplique usted toda su habilidad, y mejor dicho su astucia, para hacer constar que la renuncia del príncipe le ha sido anunciada, comunicada ó participada por el rey ó por su gobierno. Esto es para nosotros de la mayor importancia. El rey ha de confesar, cueste lo que cueste, su participación en la renuncia, ó esta participación ha de resultar de un modo palpable de los hechos.»

El príncipe Antonio de Hohenzollern telegrafió á las diez y veintiocho minutos de la mañana desde Sigmaringen á Olózaga, embajador de España en París, que acababa de dirigir al general Prim el siguiente despacho:

«Atendidas las complicaciones que parece encontrar la candidatura de mi hijo, y la situación penosa que los últimos sucesos han creado al pueblo español, poniéndolo enfrente de una resolución en la cual sólo puede guiarle el sentimiento de su independencia, retiro yo en nombre de mi hijo su candidatura, convencido de que en tales circunstancias la votación no podría tener la sinceridad y espontaneidad con las cuales el príncipe había contado al aceptarla.»